



LA INTERPRETACIÓN DE LOS TEXTOS: ENFOQUE ESTRUCTURAL V/S RECEPCIÓN ESTÉTICA O DEL LECTOR

Ruth Mondaca Silva

Sobre el rol que cumple o debe cumplir el lector en el proceso de la interpretación de textos escritos o, por el contrario, que el texto sea una unidad, capaz de generar por sí mismo una interpretación, independientemente de quien lo lea, o que sea el propio texto el que proponga una lectura e interpretación ideal, es un debate que hasta el momento no tiene fin.

Umberto Eco, catedrático de Semiótica de la Universidad de Bolonia, ha teorizado al respecto desde los años sesenta. En una reciente publicación, *Los límites de la interpretación* (1992), nos ofrece un panorama histórico-sintético, en relación a la preponderancia que tienen en la actualidad los enfoques interpretativos basados en el lector.

Al respecto, nos indica que el primero en hablar explícitamente de la existencia de un *"implied author (carrying the reader with him)"*, fue Wayne Booth, en 1961, en su obra *The rhetoric of fiction*. A partir de ese momento, se desarrollaron, *"ignorándose recíprocamente"*, una línea semiótico-estructural y una línea hermenéutica.

Entre los autores que postulan o son parte de la línea *semiótico estructural* se cuentan, entre otros, Barthes, que *"habla de un autor material que no se puede confundir con el narrador"* (1966); Todorov, que *"evoca la pareja 'imagen del narrador-imagen del autor'"* (1966); Riffaterre, y su mención al *"archilector"* (1971); María Corti, que *"llega a la noción de autor y lector implícito"* (1976); Chatman (1978) y Eco (1979), que comienzan con la identificación de un *"Lector modelo"*; Dijk y Schmidt, que plantan una *"Lógica modal narrativa"* (1979) (*Los límites...*, p. 23).

Por su parte, la *línea hermenéutica* comienza con Iser, que en 1972, *"recoge la terminología de Booth, pero apoyándose en [...] Ingarden, Gadamer, Mukarovsky, Jauss, y la narratología de Stanzel [...] y los teóricos anglosajones de la narratividad y de la crítica joyceana"* (Id. p. 24).

Esta línea propone la importancia del *"momento de la lectura, de la interpretación, de la colaboración o cooperación del receptor"*.

Sin embargo, argumenta Eco, esta postura no es nueva. En las semióticas clásicas, como por ejemplo, los estudios de Morris (1932), *"hay siempre una referencia al intérprete (retórica griega y latina, pragmática sofística, retórica aristotélica, semiótica agustiniana [...])"* (Id. p. 25).

A partir de los años sesenta, las teorías de la recepción nacen como una reacción: *"(i) a la obstinación de ciertas metodologías estructuralistas que presumían de poder indagar la obra de arte o el texto en su objetividad de objeto lingüístico; (ii) a la natural rigidez de ciertas semánticas formales anglosajonas que presumían abstraerse de cualquier"*

situación, circunstancia de uso o contexto en que se emitieran los signos o los enunciados [...]; (iii) al empirismo de algunos enfoques sociológicos.” (Id. p. 25-26).

Por su parte Umberto Eco, en *Obra abierta* (1962), según sus propias palabras, “Ponía en la base del funcionamiento mismo del arte, la relación con el intérprete, relación que la obra instituiría, ‘autoritariamente’, como ‘libre e imprevisible’, valga la paradoja. [...] Era el problema de cómo la obra, previendo un sistema de expectativas psicológicas, culturales e históricas por parte del receptor [...], intenta instituir lo que Joyce llamaba [...] un ‘Ideal Reader’” (Id. p. 26).

De acuerdo a la línea hermenéutica, denominada también como Estética de la Recepción, es sólo en el proceso de la lectura que la calidad poética de la obra (la que posee como texto) se convierte en *calidad estética*. Y una obra sólo posee un valor estético si es, en primer lugar, leída y, en una segunda instancia, concretizada, actualizada, recreada, comprendida o interpretada por el lector.

Siguiendo las ideas planteadas por Wolfgang Iser (1985) en “El proceso de la lectura: un enfoque fenomenológico” (*Para leer al lector: una antología literaria post-estructuralista*, p. 37), el proceso de la lectura debe cumplir con ciertos requerimientos básicos:

En primera instancia, el texto debe ofrecer al lector ciertas expectativas o “preintenciones” (Husserl).

En segundo lugar: el lector debe realizar un proceso creativo, más que perceptivo, al aceptar involucrarse en el texto, ya que su misión es recrear el mundo que se le presenta, con el fin de darle coherencia al texto (o lo que Iser la denomina “dimensión virtual del texto”).

Un texto literario, según Ingarden (Iser, Id. pp. 35-36) se genera a partir de la *suma de correlatos intencionales sucesivos* que van originando el *mundo presentado* en la obra. Este mundo no corresponde a la *realidad existente*, sino que prepara *intuiciones* de la realidad que permiten al lector acercarse a él. Pero como el texto no se ajusta totalmente a la experiencia del lector, ni a los objetos reales del mundo, se produce una *indeterminación* en la lectura (Iser, 1978, “La estructura apelativa de los textos”, en *Estética de la recepción*, p. 136).

Esta indeterminación o vacío, es decir, toda interrupción del flujo en la lectura, debido a la búsqueda de posibles interpretaciones de algo que no es entendido del todo por el lector, o al momento que se produce cuando quien lee se ve forzado a variar su punto de vista, es la base en el proceso de la lectura, pues si todo fuese claramente comprendido por el lector, éste no tendría ningún rol activo que cumplir y la obra carecería de interés estético.

El texto debe, por lo tanto, entregar en todo momento *expectativas* que mantengan el interés del lector, o si se quiere, un texto siempre “*despliega una multiplicidad de perspectivas* [(esquemáticas)] *que producen paso a paso el objeto y simultáneamente lo concretizan para la intuición del lector*” (Iser, 1985, p. 44; 1978, p. 138).

A través del uso de su imaginación, y conforme el lector realice diferentes procesos durante la lectura: proyecciones, preintenciones, recuerdos, anticipaciones, retrospecciones (Iser, 1985, p. 37), hará aparecer una serie de *ilusiones* que llenen los espacios vacíos que el texto presenta y que evitan que la lectura se realice en forma fluida.

En esto radica el carácter polisemántico de las obras literarias, pues, siendo los vacíos una invitación para que el lector ejercite sus propias facultades, con el fin de establecer las conexiones necesarias en el texto para poder entenderlo, cada lector particular “llenará los vacíos a su modo, excluyendo con ello las varias otras posibilidades”. De este modo, un texto se convierte en una fuente inagotable (Iser, Id. pp. 38-39).

Por otro lado, este rasgo realza la atemporalidad de las obras, ya que, si bien todo texto posee un sustrato histórico, no es necesario que el lector pertenezca a él para interpretarlo (Iser, 1978, p. 148).

En la búsqueda de la coherencia del texto, el lector revela siempre aspectos de su experiencia personal; los que se relacionan con elementos presentes en el mundo de la obra (Iser, 1985, p. 39). A la vez, puede formular una hipótesis del autor; la que deduce a partir de los datos que entrega el texto (la estrategia textual) (Eco, 1981, *Lector in fabula*, p. 90).

Sin embargo, es necesario que el lector abandone su perspectiva personal y permanezca abierto a las experiencias nuevas. Sólo así desaparece la distancia entre el texto y el lector y se produce la “identificación con el texto” (Iser, 1985, pp. 46, 47, 48).

Podemos, entonces, concluir, con las palabras de W. Iser, que “En esto radica la estructura dialéctica de la lectura. La necesidad de clarificar nos da la oportunidad para formular nuestra propia capacidad para descifrar: esto es, sacamos a relucir un elemento de nuestro ser del cual no estamos conscientes directamente. La producción del sentido de los textos literarios [...] no implica meramente el descubrimiento de lo no formulado, que entonces puede ser asumido por la imaginación activa del lector; involucra, asimismo, la posibilidad de que nosotros mismos podamos formularnos y descubramos, así, lo que previamente parecía eludir a nuestra conciencia” (Iser, Id. p. 51).

De este modo, la simbiosis del lector con el texto sería tal, que la lectura no sólo tendría por finalidad la interpretación de los textos, sino que éstos pasarían a formar parte activa en la mente y en la vida del lector. O, como diría Vodick (1978), el valor de toda obra se logra cuando ésta “actúa en un lector, influye en su obrar, pensar y sentir, pues se convierte en componente de su vida psíquica” (“La estética de la recepción de las obras literarias”, en *Estética de la recepción*, p. 62).

De este importante hecho deriva lo que algunos señalan como “La función social de la literatura” (Jauss, 1976), ya que la obra literaria “sólo se hace manifiesta en su genuina posibilidad allí donde la experiencia literaria del lector entra en el horizonte de la expectación de la práctica de su vida, preforma su comprensión del mundo y con ello repercute también en sus formas de comportamiento social” (Jauss, *La literatura como provocación*, p. 201).

Una teoría de la interpretación, basada exclusivamente en las capacidades o conocimientos o experiencias previos que posea un lector, haría pensar en la posibilidad de que cualquier significación que le demos al contenido de un texto, es válida. Sin embargo, no debemos olvidar que, en las palabras de Culler (1976) “Una ‘teoría de la lectura’ es un instrumento de convenir con el único hecho más asombroso y sobresaliente de la literatura, esto es, que las obras literarias pueden tener una variedad de significado, pero no cualquier significado” (Culler, “Prolegómenos a una teoría de la lectura”, en *Para leer al lector*, p. 78).

Al respecto, Eco (1992) siempre ha insistido en que la libertad interpretativa del texto depende de “*la estructura formal de la obra, ya que el texto puede y debe prever su propio lector*”, lo que significa que prevé un “*sistema de expectativas, psicológicas, culturales e históricas por parte del receptor*” (*Los límites de la interpretación*, p. 26).

Es más, en la misma obra distingue dos tipos de interpretación, y, por ende, dos tipos de Lector Modelo o “*conjunto de condiciones de felicidad establecidas textualmente, que deben satisfacerse para que el contenido potencial de un texto quede plenamente actualizado*” (*Lector in fabula*, p. 89).

Los tipos de interpretación aludidos corresponden a “*interpretación semántica o semiósica*”, e “*interpretación crítica o semiótica*”. “*La interpretación semántica o semiósica es el resultado del proceso por el cual el destinatario, ante la manifestación lineal del texto, la llena de significado. La interpretación crítica o semiótica es, en cambio, aquella por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto puede producir esas (u otras alternativas) interpretaciones semánticas*” (Eco, 1992).

Esta postura, que hace prevalecer la intención del texto de ser interpretado de una determinada manera, constituye lo que Eco (1992) denomina como *intentio operis*. De esta forma, la “*iniciativa del lector consiste en formular una conjetura sobre la ‘intentio operis’*.” Esto no quiere decir que se pueda formular sólo una conjetura para cada texto. Éstas pueden ser infinitas, pero sólo será(n) válida(s) la(s) que al ser probada(s) por el conjunto del texto, como todo orgánico, no altere(n) su coherencia (Eco, p. 41).

No debemos olvidar que un texto es, para Eco (1992) “*un artificio cuya finalidad es la construcción de su propio lector modelo. El lector empírico es aquel que formula una conjetura sobre el tipo de lector modelo postulado por el texto. Lo que significa que el lector empírico es aquel que intenta conjeturas, no sobre las intenciones del autor empírico, sino sobre las del autor modelo. El autor modelo es aquel que, como estrategia textual, tiende a producir un determinado lector modelo*” (Id., p. 41).

El hecho de que el lector pertenezca a la propia estructura del texto, lo hace partícipe activo dentro del proceso de la lectura. Por lo tanto, la teoría de Eco, desde su propia perspectiva, no dista mucho de las de la Recepción Estética. Sin embargo, él insiste que sólo las interpretaciones postuladas por el texto son las correctas; no así las *sobreinterpretaciones* postuladas por algunos lectores (Cfr. Eco, 1995, *Interpretación y sobreinterpretación*).

Por otro lado, las estrategias textuales, mencionadas por Eco, no son excluidas por teóricos como Iser (1985) o Jauss (1976), quienes, en forma expresa postulan que todo lector debe estar atento a ciertas señales o comentarios o indicaciones implícitas del autor, que lo ayudarán a llenar los espacios vacíos que se produzcan durante la lectura. Por lo demás, no debemos olvidar, que, por lo menos, todos debemos compartir una código léxico, lingüístico, simbólico y cultural, con el texto que intentamos comprender.

BIBLIOGRAFÍA

- Eco, Humberto (1981): *Lector in fabula*. Barcelona, Lumen.
- Eco, Humberto (1992): *Los límites de la interpretación*. Milán, Lumen.
- Eco, Humberto (1995): *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge, University Press.
- Iser, Wolfgang (1978): "La estructura apelativa de los textos" en *Estética de la recepción*. Madrid, Visor Dis. S. A.
- Iser, Wolfgang (1985): "El proceso de la lectura. Un enfoque fenomenológico" en *Para leer al lector: una antología de teoría literaria post-estructuralista*. Santiago, Universitaria.
- Jauss, Hans R. (1976): *La literatura como provocación*. Barcelona, Ediciones Península.